

tinuar de igual manera en la calle: el apiñado gentío en sus violentas olas, envolvió todo aquello sin remedio, visto lo cual por el señor Presidente, y creyendo que, al menos los dolientes principales, no debían ir separados del cadáver, no encontrando otro remedio posible, de acuerdo con el Sr. Deán, ordenó que desde luego fuera el cuerpo colocado en su carro y ellos tomaran el coche inmediato, los demás dolientes los que pudieran; comunicó esta disposición el Oficial Mayor de la Secretaría del Ayuntamiento, y así se ejecutó. De esta suerte pudieron recorrer tres calles cortas, del Empedradillo hasta la Perpetua, en donde se puede decir que quedó organizado el cortejo, dilatando en ello 25 minutos.

Legua y media bien hecha hay del centro de la plaza al cementerio español, y todo este espacio se encontraba lleno de gente y las casas adornadas con cortinas y moños funerales. En la calzada había, igualmente, arcos de un árbol á otro, con señales de duelo. Algo más allá de la iglesia de San Cosme, á la derecha, está el Colegio del *Sagrado Corazón de Jesús*; en él hay alumnas pensionistas, que tienen algunas proporciones, y alumnas externas, niñas pobres. Las primeras esperaban el paso del cadáver en ordenada fila, vestidas de luto, á la derecha de la puerta; las otras, con el humilde vestido que podían, al lado izquierdo, presididas unas y otras por sus superiores; los balcones de la casa estaban enlutados, la puerta abierta y en el fondo del zaguán un altar al *Sagrado Corazón de María*, y abajo el retrato del Sr. Labastida. Al llegar al pueblo de Tacuba, residencia habitual de Su Ilustrísima y teatro de sus larguezas, salieron á recibirle los vecinos con velas encendidas, y el suelo estaba cubierto de flores. Desde allí le acompañaron á su última morada, que no estaba ya lejos.

No hay para qué decir que desde bien temprano las cercanías del cementerio se hallaban henchidas de gente: su puerta estaba cerrada y delante de ella esperaba á la comitiva una comisión numerosa de la Sociedad de Beneficencia Española, con su Presidente á la cabeza. Doscientos metros hay de la puerta de entrada á la capilla del cementerio; en esta calzada estaba formada un valla de los niños y niñas de los asilos que en Tacuba sostenía el señor Arzobispo, de los alumnos del colegio de San Joaquín y de personas particulares, á quienes se había permitido la entrada con anticipación. Todas las que formaban la valla tenían velas encendidas. Fuera de la valla se encontraban otros concurrentes esperando también la llegada del cadáver. No muy lejos de la reja de la entrada había un arco de heno que sirvió de adorno para el día de difuntos, y se arregló de nuevo: hacia el fondo, cerca de la capilla, se levantó otro para este funeral, vestido de heno, adornado con gasas negras y con los estandar-

tes de los diferentes gremios que componen la Sociedad *Círculo Patriótico Religioso de Artesanos* y los de la Sociedad *Unión y Amistad del Señor de Chalma*. Los grupos allí representados fueron los doce siguientes: de *sastres, albañiles, alfareros, carpinteros, impresores, sirvientes, bordadores, relojeros, sombrereros, zapateros, peluqueros y encuadernadores*. Sus estandartes son de raso blanco, cuadrilongos, con una vara de latón en uno de los lados menores, pendientes con cordones de oro de una asta, también de latón. En el centro tienen una alegoría religiosa bordada de oro y las letras que indican el gremio á que pertenecen.

Frente á la puerta del cementerio se paró el carro fúnebre: bajado de él el cadáver, y los dolientes de los vagones en que iban, se ordenó la procesión: delante los eclesiásticos que allí esperaban, que eran: el Capellán del cementerio, un Canónigo de la Colegiata de Guadalupe y el Cura de Atzacotzalco, bajo cuya jurisdicción está comprendido aquel lugar, con algunos otros más; la capilla de la catedral y otros cantores agregados por la Beneficencia española. La iglesita estaba adornada con gusto y sencillez: en el altar un Cristo de talla bajo un dosel de terciopelo negro, las columnas vestidas de terciopelo morado, en los muros una gotera de ondas negra, y bajo ella, á trechos y á conveniente altura, coronas de lama y heno, y pendiente del techo un pabellón abierto en cuatro gajos: en el centro, frente al altar, un túmulo de metro y medio de altura, cubierto de un paño negro con bandas de terciopelo morado. Hizo el oficio de sepultura el Deán, Sr. Alarcón, y en medio de aquel numerosísimo concurso no se oían más que las notas conmovedoras del canto fúnebre, que escuchaban todos con recogimiento y amargura. Concluído el oficio, se bendijo la fosa, que está en la entrada de la capilla á la parte de dentro; una vez sepultado el cadáver, se entonó el último responso, mientras se cubrió la fosa con una lápida de mármol, sobre la cual fueron colocadas las duelas del piso. Con esto terminó la triste ceremonia á las 7 de la noche. De ella dijo el Calendario de Galván en las efemérides que acostumbra publicar, estas pocas, pero expresivas palabras: "El entierro del Illmo. señor Arzobispo ha sido, sin duda, el más grandioso de cuantos se han visto en México. La mayor parte de las casas permanecen de luto por espacio de nueve días."¹

El día 18 del siguiente mes fueron las solemnísimas honras fúnebres dispuestas por el Cabildo Metropolitano por el eterno descanso del alma del Sr. Arzobispo Labastida. La pompa de esta función religiosa no fué inferior á la del entierro: sirvió el mismo catafalco

¹ Calendario || del más || antiguo Galván || para el año bisiesto || de 1899. Pág. 123.

que se hizo expresamente para las honras del Sr. Haro; todo el templo se vistió de luto y no escaseaba la cera en arañas y candeleros; músicos y cantores, por su número, por sus dotes y por la elección de las composiciones, dejaron satisfechos á los más exigentes. Como de costumbre, dió principio la solemnidad la tarde anterior, con las vísperas y maitines de difuntos: después pronunció un panegírico latino el catedrático de latín del Seminario Conciliar, D. Atenógenes Segale. Al otro día ofició en las honras el señor Obispo de Puebla, pronunció la oración fúnebre el de San Luis Potosí, y asistieron el Arzobispo de Michoacán y los señores Obispos de Chi-lapa, Veracruz y Zacatecas; la concurrencia fué muy numerosa y compuesta de lo más escogido de la sociedad.

Una fiesta fúnebre hubo en esta iglesia el día 27 de Octubre del año 1838 de tal lujo y esplendor, que ninguna de su género le había tenido antes igual, ni le tuvo después mayor; se celebró con ocasión de haberse traído á ella los restos del Generalísimo del ejército mexicano, D. Agustín de Iturbide, y alcanzó tanto lucimiento, porque más que un sufragio por el alma del difunto y un honor á la memoria del Libertador, tuvo un fin político, como lo muestran claramente las palabras siguientes de su cronista: "Se nombraron para que dirigiesen y arreglasen todo lo necesario para la celebración de las exequias, al General D. Manuel Barrera, Coronel D. Miguel Azcárate, Presbítero D. Pedro Fernández y D. Tranquilino de la Vega. Esta comisión creyó que no hacer cuanto la nación podía en tales circunstancias, sería consumir el triunfo de los enemigos de la independencia y del que la hizo; sería darles un nuevo placer y motivo de decir que la tibieza en lo que se quería llamar REPARACIÓN, era una nueva prueba de la nacionalidad del decreto que proscribió á D. Agustín de Iturbide."

Y más adelante: "Engolfados estaban los mexicanos en estas conversaciones (las de los merecimientos del Sr. Iturbide), cuando las baterías de la plaza principal, de la Ciudadela y Chapultepec, les anunciaron que había amanecido el día 24 de Octubre de 1838, el día de la reparación."¹

Consecuente la nación con este plan, ni se detuvo en gastos, ni omitió en el ceremonial cuanto podía realzar el brillo de la fiesta.

El día 6 de Agosto de 1838 se publicó el decreto dado por el Congreso, en que se mandaba que el *Ejecutivo dispusiera que las cenizas*

¹ Descripción || de la || Solemnidad Fúnebre || con que se honraron || las cenizas del Héroe || de Iguala || Don || Agustín de Iturbide || en Octubre de 1838. || La escribió por orden del Gobierno || D. José Ramón Pacheco, || y se publica por disposición || del Exmo. Sr. Presidente, || General || D. José Joaquín Herrera || México || Imprenta de I. Cumplido || 1849; fojas 23 y 26.

del Héroe de Iguala fuesen trasladadas á la capital de la República para el día 27 de Septiembre próximo, aniversario de su entrada en ella; y que también dispusiera lo conveniente para que las expresadas cenizas fuesen colocadas en la catedral de México, lugar destinado para los héroes de nuestra independencia. Los Ministros de lo Interior y de la Guerra dieron sus órdenes para el exacto cumplimiento del decreto; el de lo Interior, D. José Joaquín Pesado, despachó un correo extraordinario dando orden al Gobernador de Tamaulipas para que procediera á la exhumación de los restos, acompañándole una instrucción del lugar y circunstancias en que debían de encontrarse, á fin de quedar seguros de su identidad, puntualizando las solemnidades con que debía exhumarlos; á quién y con qué seguridades los había de entregar. El Ministro de la Guerra, General D. José Morán, por su parte, dió orden al Comandante General de San Luis Potosí de que hiciese marchar á Padilla una partida de tropa que recibiese, escoltase y condujese, bajo su responsabilidad, los restos del Sr. Iturbide, hasta entregarlos en México; al mismo tiempo se autorizó al Gobernador de Tamaulipas para que en el caso de que ésta partida no llegase á tiempo, pidiese otra de la guarnición más inmediata.

El Gobernador fué en persona á Padilla, acompañado de su Secretario, de todas las autoridades y de otras personas de Ciudad Victoria; citó á varios curas y jueces de los contornos para que presenciaran el acto, y el día 22 de Agosto, ante ellos y ante un numeroso concurso, procedió á la exhumación.

Encontróse, como la instrucción lo decía, en el cementerio de la iglesita de Padilla, á la izquierda, entrando en él por la plaza, un sepulcro en la tierra revestido por dentro de mampuesto, y dentro, primeramente un cajón que contenía los restos del General D. Manuel de Mier y Terán, sobre dos losas, y bajo ellas la caja que guardaba los del Libertador Iturbide, de los cuales se hizo un riguroso inventario, colocándolos después en una caja de madera forrada de paño negro, guarnecida de galón de oro, con cerradura de hierro y llave; de todo lo cual se levantó una acta que firmaron únicamente el Gobernador de Tamaulipas, D. José Antonio Quintero, el cura de Güemes, D. Hilario Trujillo, y el Secretario del Gobernador, D. José Antonio Fernández.

Cerrada la caja, fué llevada á la iglesia parroquial, en donde, con asistencia de las autoridades de la capital y de la villa, se cantó un solemne responso. Concluido este acto, se pasó la caja al alojamiento del Gobernador, donde quedó custodiada por una guardia de la tropa de Yucatán, hasta el día 23 en que salió de allí. Se dispusieron para traer la caja unas andas y una mula con gualdrapas negras.

“En Ciudad Victoria se le hicieron honores fúnebres con toda la pompa que correspondía. Se enlutó el salón de la Junta Departamental, se levantó un catafalco en la iglesia, se vistió de negro á la tropa, que hizo á su vez las descargas y demás honores militares.”¹

Aunque el Comandante General de San Luis Potosí nombró luego para que condujese las cenizas al Teniente del Regimiento de Tampico, D. Francisco Molina, tardaba en llegar; entretanto, el Gobernador, que estaba autorizado para ello, pidió al Comandante de Soto la Marina un piquete de tropa para este servicio, y fué destinado á él D. Pedro Arcadio Cantón, teniente del primer batallón activo de Yucatán, el cual estuvo presente á la exhumación, recibió la caja y la condujo hasta la hacienda de Tamatán, en donde la entregó con las formalidades debidas, el día 26 de Agosto, al teniente Trujillo.

Siendo el fin principal de todo esto hacer una demostración política, no hay para qué decir que las autoridades no sólo de las ciudades grandes, como San Luis, Querétaro y San Juan del Río, sino aun las de poblaciones de menos importancia, como Tula y Cuautitlán, se esmeraron en demostrar profundo dolor por la muerte de D. Agustín de Iturbide.

Llegó el convoy á Cuautitlán el día 23 de Septiembre, y el Comandante de ese lugar lo avisó á México inmediatamente. El 25 salieron á su encuentro el Prefecto de la capital acompañado de su Secretario y el Mayor de la Plaza de sus Ayudantes; al pasar por el pueblo de Santa Isabel Tola, á poco más de un cuarto de legua de la ciudad de Guadalupe Hidalgo, encontraron al oficial D. Francisco Molina, quien les dijo que se hallaba depositada la caja en la iglesia del pueblo. Allí la recibieron estos señores de manos de una comisión de vecinos de Cuautitlán; la colocaron en un coche abierto enlutado, y tirado por cuatro caballos negros enjaezados de luto, en el cual entraron también ellos; al entrar en Guadalupe se incorporaron al convoy ocho ayudantes del Presidente de la República, poniéndose á los lados del coche; seguía de respeto el de la nación y la compañía de lanceros del regimiento de caballería llamado de *Iguala*.

En Guadalupe estaban esperándolos, y salieron á su encuentro, el Gobernador del Departamento y todas las autoridades civiles, eclesiásticas y militares de la capital; los generales del ejército, jefes y oficiales, y una muchedumbre de gente en coche, á caballo y aun á pie. En la Colegiata se tenía preparado un suntuoso túmulo

¹ Cuaderno citado, del cual hemos tomado todo lo que sobre este asunto vamos escribiendo; sin necesidad de citarle más.

para colocar en él la caja; y una comisión de su Cabildo recibió y condujo á la iglesia á la comitiva. Allí se cantaron una vigilia y un responso solemnes. Concluido esto, se emprendió el camino para la capital: aquí toda la tropa disponible estaba tendida en dos alas desde la garita de Peralvillo hasta San Francisco; en la Ciudadela y en varias plazas, se pusieron baterías para que hicieran los disparos de ordenanza.

Tan luego como el cortejo llegó á las puertas de la ciudad, la batería que estaba en la plazuela de Santa Ana, comenzó su descarga; respondieron las otras y al mismo tiempo tocaron doble todas las campanas de la ciudad. En una capilla interior del convento de San Francisco se depositó la caja bajo la responsabilidad del Guardián, después de haberla ceñido con unas fajas, sobre las cuales puso su sello el Prefecto, quien recogió la llave; quedó, además, una numerosa guardia de honor.

“El día primero de Octubre se hizo la entrega formal de los restos del Sr. Iturbide, por el oficial que los condujo desde Tamaulipas, D. Francisco Molina, al Prefecto de la ciudad, D. José María Icaza, y Mayor de la Plaza, Coronel D. Lucas Condelle, quienes llevaron consigo para este acto al médico-cirujano del ejército, D. Agustín Burguichani, á fin de que hiciese el inventario, como se verificó en presencia de los prelados de la Comunidad, del General D. José María Cervantes y del Teniente Coronel D. Mariano Dosamantes.”

Al amanecer del día 24 de Octubre comenzó propiamente la solemnidad: desde las cinco y media de la mañana cada cuarto de hora en todas las iglesias de la ciudad se tocaba una campanada con su campana mayor, y las baterías de la Ciudadela y Chapultepec disparaban un cañonazo cada una, todo hasta completar cien. Este día se pusieron á la expectación pública los restos en la iglesia grande del mismo convento de San Francisco. Para comodidad de los concurrentes, que fueron muchísimos, se dispuso que se entrase por la puerta principal del templo y se saliera por la de su costado; así era que al entrar de frente quedaban *asombrados al aspecto imponente y majestuoso que se presentaba á su vista*. “El fondo de la iglesia estaba vestido de negro desde las bóvedas hasta el pavimento: lo estaban, igualmente, en toda su altura, las cuatro columnas del centro del crucero, resaltando más en aquel inmenso fondo obscuro, un haz de tres banderas trigarantes, atadas y colocadas en cada una de estas columnas á cierta elevación. Los colores de todas estas banderas estaban en armonía con un grandioso pabellón tricolor suspendido bajo la media naranja, cuyo círculo tenía 21 varas de circunferencia, y del cual salían abriéndose cuatro fajas también